

LOS CUENTOS DE GRACIELA

Me gusta mucho caminar por las calles, me encanta mirar escaparates, ver a las personas ir de prisa de un sitio para otro, observar cómo la gente hace caso a los semáforos y a los coches también, parece que hay una música en algún lado que dicta el ritmo que han de tener las cosas. Mamá no para de repetirme que coja el autobús, que es más seguro y así no pierdo el tiempo de hacer los deberes vagando por allí, incluso alguna vez, me ha propinado un bofetón si adivina que no he vuelto en autobús. Pero cuando más furiosa se ponía era cuando volvía andando y me paraba a hablar con Graciela. Si me pillaba me gritaba desde el balcón y me esperaba en la puerta del piso con la zapatilla en ristre. No comprendo por qué mamá no quería que hablara con ella, era mi amiga y nunca me hizo nada malo, por mucho que mamá pensara lo contrario. Según ella me iba a contagiar algo, también decía que era un mal ejemplo y que junto a ella corría mucho peligro de que me tomaran por lo que no soy. Yo nunca lo entendí porque Graciela era muy simpática y siempre me regalaba un chicle de fresa ácida; me preguntaba cómo me había ido en el cole y por mis amigos y me escuchaba y me daba buenos consejos cuando tenía algún problema con un chico de clase, cosas que mamá nunca hace, aunque me repetía,

igual que mamá, que tenía que estudiar mucho si no quería terminar como ella. Y eso sí que nunca lo entendí. Se ganaba la vida en la calle, así me lo decía la misma Graciela, además tenía mucho éxito entre los hombres, no había día que no ligara y, encima, se pintaba y se ponía unas botas negras superchulas con unos vestidos la mar de bonitos. Ahora, cuando hacía frío, no sé cómo podía aguantar; si llovía se resguardaba debajo de la marquesina de la gasolinera y desde allí saludaba a los hombres que paraban a repostar y alguno amable se la llevaba en coche hasta su casa. Yo, unas cuantas veces, sin que mamá se enterase, le bajé un café con leche y le di mi merienda. Graciela me daba un beso y un chicle, y sus “gracias, eres mi ángel de la guarda” me sonaban muy de verdad. Si mamá lo hubiera sabido, me hace comer la zapatilla.

Un día, regresaba a casa antes de hora pues la señorita de matemáticas se había puesto enferma y no tuvimos la última clase. Me extrañó no ver a Graciela en la esquina de la gasolinera, pero a veces ligaba muy temprano, así que me fui a casa contrariada pues me hubiera gustado contarle una cosa que me había pasado en el recreo con el tonto del Martín. Al entrar, oí unas risas y unos grititos que no me sonaban en la voz de mamá, ella no se ha reído así nunca. Fui a la habitación de mis papás y me encontré a Graciela que se metía algo en el bolso y le daba a papá un beso en los labios. Cuando me vieron en la puerta dejaron de reírse y se separaron el uno del otro. Yo entré contenta a la habitación y les dije que me alegraba mucho de que fueran amigos, que de esta manera a mamá ya no le sabría malo que hablara con Graciela. Papá se

puso muy nervioso e intentó decir algo, pero Graciela se adelantó, se agachó frente a mí y, cogiéndome la cara, me dijo:

—Mi ángel de la guarda, tal vez no debieras decírselo a mamá, digo lo de la amistad entre tu padre y yo. ¿Sabes? Es que si no le gusta que tú y yo seamos amigas, menos le gustará que lo sea de tu papá, ¿no crees? Podemos dejarlo en un secreto entre los tres, ¿vale?

Yo nunca había hablado con papá más allá de los buenos días y buenas noches pues siempre estaba de viaje con el camión y la idea de compartir un secreto con él me parecía bien, aunque un poco extraña. Pensé que de esta manera, a lo mejor, podíamos empezar una buena relación padre-hija, como dice el psicólogo del colegio, y dije que sí muy feliz. Graciela me dio un paquete de chicles de fresa ácida y papá veinte euros con la condición de no decirle nada a mamá. Acepté encantada el trato: saber algo que mamá no supiera y encima conseguir chicles y dinero por ello era genial.

Desde ese día empecé a hablar con papá cuando mamá no estaba cerca.

—Y ¿de qué habláis Graciela y tú, papá?

—Pues, de muchas cosas, ya sabes, somos amigos.

—Nosotras hablamos de lo que me pasa a mí en el cole, ¿tú le cuentas lo que te pasa a ti en el camión?

—Claro, claro, eso es.

—Y ¿habláis de mí?

—Por supuesto, ella te quiere mucho, de hecho siempre me cuenta cuentos para ti.

—¿Sí? Y ¿por qué no me los cuentas?

—Bueno, no sé si me acordaré, no la veo todos los días...

—Va, papá, va, uno cortito, va, porfi, va.

—Vale, vale, a ver, el otro día me contó uno de una niña que se escapó del colegio para ir a jugar con un cachorrito que tenía escondido en una caja en la esquina de la gasolinera al que alimentaba con los bocadillos que su mamá le ponía para desayunar y merendar...

Nunca hubiera imaginado que Graciela contase cuentos tan bien, la verdad es que papá se los aprendía de memoria para podérmelos contar a mí por la noche. Me acostumbré a esperarlo despierta y, llegara a la hora que llegara, se pasaba por mi cuarto a contarme el último cuento. Era estupendo. Algunos días que llegaba muy cansado o que no había podido hablar con Graciela, entraba despacito, me besaba la mejilla y cerraba la luz, pero a mí no me importaba: eran las noches que mejor dormía.

Hace unos meses que no veo a Graciela. He hablado con papá, pero él tampoco me dice nada claro. Yo creo que no quiere decirme dónde está para que no llore, porque sé que le ha pasado algo malo. Cuánto más preocupados estamos papá y yo, más contenta está mamá. Hay veces que pienso que es una mala persona; si ella supiera lo buena que es Graciela se arrepentiría de todas las veces que me ha pegado con la zapatilla, pero papá no para de repetirme que no le diga nada, que ella no lo comprendería. Pienso que tiene razón. Ojalá Graciela regrese pronto, tengo muchas ganas de verla y papá creo que también.

Ahora vuelvo todos los días a casa en autobús, me he dado cuenta de que veo la calle y a las per-

sonas igual, sin cansarme y sin pasar frío. Lo único que echo de menos es hablar con Graciela y a papá contándome sus cuentos por las noches.

A UNA CARTA

Amaya,

Paseas tu hermosura por delante de mi mesa, mirándome con ojos incitantes, contoneándote como una diosa. Sonríes y te alejas contenta porque sabes que ya no podré concentrarme.

Aparece tu voz susurrante en mi oreja, cuando intento cuadrar una cuenta, pidiéndome folios o con cualquier otro pretexto, y los números me bailan al son de tu murmullo. Sonríes y te vas satisfecha porque sabes que el vello de mi nuca se ha erizado.

Me coges fuerte, apretándome, para bajar las escaleras con la excusa de que tus zapatos de infinito tacón no te dan la seguridad de mi brazo. Sonríes y me sueltas triunfadora porque mis rodillas temblarán hasta que vuelva a sentarme.

No puedo más. Me haces vivir un suplicio cuando te tengo tan cerca que puedo oler tu cuello. No me mires, no me sonrías, no me susurres, no me toques nunca más, pero déjame conocer el sabor de tu lengua, el olor de tu piel, la tersura de tus senos, el calor de tu pubis, el sonido de tus jadeos por una sola vez. Y luego ignórame como haces cada día al salir de la oficina.

No puedo seguir sin tocar la fruta que se exhibe todos los días delante de mí, tengo que degustarla

o haré una locura. Déjame morderte una sola vez e ignórame para siempre.

Esta noche, en el pub "O Sullivan" a las diez.

Te espero,
Miguel

Tras leer la carta, Andrea se sintió como Miguel cuando mira a Amaya. Tardó unos instantes pero se decidió: metió la cuartilla en el bolso y subió las escaleras con una sonrisa de quinceañera traviesa.

Transcurrió la tarde entre las líneas del mensaje, tocando la caligrafía de Miguel. Las letras eran alargadas y finas, pero decididas y voluptuosas en los ganchitos de las ges. Algo de indecisión aparecía en los rabitos de las aes que temblaban como ondas. En esos trazos se traslucía el nerviosismo de Miguel, el esfuerzo por recopilar el valor suficiente para terminarla, un poco menos del que hubiera necesitado para dársela en mano.

Andrea miró su reflejo en el espejo del dormitorio. Se quitó la parte superior del chándal, la inferior y se quedó pasmada durante un buen rato. Su metro cincuenta y seis no le daba permiso para entrar en el nivel de las altas y los 60 kilos tampoco le otorgaban el título de delgada. Con una buena capa de rímel lograba resaltar sus ojos marrón miel que hacían juego con los finos y sonrosados labios que sonreían a menudo. Tenía una buena melena morena que llevaba cogida en una cola de caballo que bailaba graciosamente de un lado para otro cuando caminaba. Aún así, no lograba acercarse a la belleza de Amaya. "Ni por asomo", se dijo a sí misma mientras volvía a vestirse.

Recogió la carta de la mesilla y la releyó por enésima vez. Pasó los dedos sobre las grafías de tinta negra y los olió. Desprendían un leve aroma a madera. Iba a jugárselo todo a una carta.

Disponía de dos horas para arreglarse. Mientras se duchaba, razonaba en un intento de darse coraje, que, al fin y al cabo, ella era una mujer, seguramente, más alegre que Amaya y sin tantos remilgos a la hora de divertirse en la cama. A ella no le iba a importar que la despeinara o que le rompiera las medias, le encendían los momentos pasionales, casi primitivos, incitados por la urgencia del deseo. Eligió el mejor conjunto de ropa interior que tenía, los pantalones que más le marcaban el culo, la camiseta ajustada verde y la cazadora vaquera nueva. Cogió el bolso y la carta. Nunca rezaba, pero rogó no ser humillada, al menos, demasiado.

Se dirigía al pub con paso firme, segura de que podía salir bien. De pronto, paró en seco. Unas dudas terribles le asaltaron: “¿Y si es feo? Quiero decir, muy feo, o huele mal, o pesa 250 kilos...” Qué tonterías se le ocurrían. Sería un muchacho normal, como ella. Además, después de averiguar quién era, resolvería si le entraba o no. Hecho este planteamiento, volvió a retomar el paso un poco menos firme.

Al llegar al O *Sullivan* eran las diez menos cuarto, buscó el lugar más idóneo para poder vigilar todo el establecimiento. Tuvo suerte pues el pub no era muy grande y el sitio que había elegido ofrecía muy buena panorámica. Pidió una pinta negra y comenzó su investigación. Los cinco hombres que había en la barra quedaban descartados: tres de ellos iban juntos y los otros dos sólo tenían ojos para la pantalla de televisión gigante donde retransmitían un partido de

fútbol de la liga inglesa. En las mesas no había mucha gente: un par de parejas, un grupo que parecía ir de fiesta y tres jóvenes discutiendo sobre video-juegos. Dedujo que no había llegado. A las diez menos cinco entró un chico de unos 25 años, alto, delgado, pelo muy corto, “excesivamente” pensó Andrea, con gafas, vestía pantalones vaqueros gastados, camisa a rayas y chaqueta de punto azul con coderas marrones. Paseó la vista por el local antes de tomar asiento, se colocó las gafas y se sentó en la única mesa que quedaba libre al lado de la de Andrea. Miró el reloj. La camarera se dirigió hacia él para tomar el pedido: “Una pinta negra”. Andrea y el muchacho miraron la esfera de sus respectivos relojes y pensaron al unísono la hora. Andrea dio por hecho que ése era Miguel. Esperó que pasaran algunos minutos con la intención de que Miguel se hubiera dado por vencido y quisiera irse. Aunque la luz no daba para observar los detalles, creyó ver que tenía el pelo claro, más en las patillas un poquito desmedidas; largo cuello del que sobresalía una contundente nuez; manos grandes, le gustaban las manos que abarcaban de una vez el objeto deseado. Andrea respiró hondo.

—¿Miguel? —pronunció sin mucha convicción.

Él volvió la cara.

—¿Sí? —dijo asombrado y poniendo cara de no recordarla.

—Ella no va a venir —intentó decirlo todo lo más claro que su acongojada voz le permitía.

—¿Cómo? —dijo incrédulo.

—Que Amaya no va a venir —empezó a flaquear pues Miguel le miraba detenidamente con cara de pocos amigos.

—¿Te manda ella?

—No, no exactamente. ¿Puedo sentarme a tu lado? —dijo haciendo ademán de levantarse.

Él vaciló unos instantes.

—A veces, hay que depender de la amabilidad de los extraños¹ —dijo Andrea no muy convencida de que él lo entendiera.

—¿Blanche Dubois? —contestó con extrañeza.

—Sí —sin esperar permiso se sentó al lado de Miguel—, veo que te gusta el cine —exclamó gratamente sorprendida.

—¿Quién eres? —No dejaba de tocarse las gafas.

—Verás, debes confiar en mí. No soy amiga de Amaya, pero puedo asegurarte que no vendrá.

—Oye —exclamó Miguel demostrando su impaciencia—, a ti ¿quién te ha dado vela en este entierro? O me dices ahora mismo quién te envía o te vas ya. ¿Vale?

—Veo que no quieres confiar en mí —una enfadada mirada de Miguel le dejó claro que debía ir al grano—. Soy Andrea, la vecina de Amaya. Vivo en el 2º, 1ª y Amaya en el 1º, 2ª. ¿Entiendes?

—No —el monosílabo resonó en el bar y asustó un poco a Andrea.

Andrea advirtió que cuando las tupidas pestañas de Miguel se abrían ofrecían unos bonitos ojos verdes; que cuando sus carnosos labios se despegaban, asomaban unos dientes perfectos. No era guapo, era atractivo. Sacó la carta del bolso y se la mostró. Miguel se puso colorado, Andrea no supo adivinar si era por pudor o de cólera, por lo que, cuando le extendió el trozo de papel, su mano temblaba.

1. "Siempre he dependido de la amabilidad de los extraños", Blanche Dubois, "Un tranvía llamado deseo" de Elia Kazan.